

Notas personales sobre la poesía

Richard Aldington

Traducción: José Luis Justes Amador

1

Mi enojo en contra de mucha poesía inglesa y en contra de bastante de la de mis contemporáneos está basado en algo fundamental. No puede haber ningún tipo de reconciliación entre nosotros. Sacrifican (los poetas) lo que yo considero la esencia del poema a su sonido. Me parece que no se preocupan especialmente acerca de lo que escriben mientras sean capaces de producir una serie de sonidos agradables. Hablan de "ritmo" y "música" que son, de hecho, cosas valiosas en poesía, pero totalmente secundarias al poema en sí mismo. Un poema es un estado de ánimo o una emoción en verso, una reminiscencia emocional que se aparta cuidadosamente de toda materia extraña, que se asienta tan precisa y violentamente como se sepa. Creo que la consideración primaria de un poeta es concentrarse en la expresión precisa de ese estado de ánimo, emoción o reminiscencia, usando todos los medios verbales posibles para forzar su concepción intelectual y emotiva sobre los sentidos del lector. La armonía o cacofonía de las palabras son, ambas, medios de expresión. No tengo ningún interés en lo meramente melifluido que es el fallo cardinal de gran parte de la poesía moderna. La palabra que significa, no la palabra que suena; la palabra que apuñala con una imagen de belleza, disgusto o abatimiento, no la palabra que rellena una línea sonora: eso es lo que estoy buscando.

2

Ni me gusta la ignorancia en un poeta, ni creo en las "notas de lo salvaje". La absoluta ignorancia sobre literatura poética puede producir —lo que de hecho logra en el campesino irlandés, si he-

mos de creer al Sr. Yeats— una agradable y fresca poesía *naïve*. Pero estamos irremediablemente despojados de tal ignorancia desde la infancia. La educación moderna nos empuja a la literatura y, por ello, estamos obligados a ser poetas instruidos. ¡El peligro de la “poca educación”! Sufrimos en lo más hondo de la literatura moderna al poeta autoelegido que ha absorbido algo de los victorianos, algo de Milton, las partes mas obvias de Shakespeare y una pizca de los clásicos. Resulta bastante inútil. El poeta debe tener alguna idea sobre la tradición europea, saber lo suficiente de sus predecesores para evitar imitarlos. El poeta debe estudiar el método con cuidado y estar en contacto con las nuevas técnicas además de con las viejas.

3

Debe trazarse una profunda distinción entre el estudio del método, que enriquece el trabajo de un hombre, y la imitación que lo degrada. No importa que un hombre imite a Tennyson, a Homero, a Rimbaud o a Dante; si es imitación es mala poesía. Lo valioso, el placer que buscamos en la poesía, viene de la personalidad sin restricciones en contacto desnudo con la existencia. Pero nuestro placer al ser admitidos a esa experiencia espiritual está condicionado por la habilidad de su propietario para la expresión. He ahí el arte de la poesía; he ahí la necesidad de un profundo estudio del método.

4

La imitación es un vicio que los lectores de poesía no deben tolerar bajo ningún concepto. Resulta adulator para la propia indolencia disfrutar con un falso Marlowe, un falso Laforgue o un falso Donne. Pero eso no es poesía moderna. *La Iliada* es un poema que no puede leerse sin emoción, aunque ¿quién puede, sin disgusto ni fatiga, hacerlo con el “Leónidas” de Glover y sus numerosos plagios de *La Eneida*? Virgilio, que a su modo es un poeta, engendró esta tradición de imitación meliflua. Hesiodo, Teócrito, Homero: ¿dónde estaría sin ellos? Imitó más de lo que asimiló, copió un modo antes que estudiar un método. No es griego como Homero o romano como Lucrecio; es grecolatino, un intelectual bastardo.

Creo profundamente que la emoción es la esencia íntima de la poesía, pero creo también en la expresión acertada de esa emoción. El hombre incapaz de grandes emociones —amor apasionado, sentimientos hacia la belleza, conciencia de estar vivo—, el hombre que no tiene suficiente emoción para hacer un loco de sí mismo algunas veces, nunca logrará un poema a pesar de tener a sus órdenes toda la literatura y el intelecto de un superhombre. Por otro lado, el mero emocionalismo desorganizado no es poesía; es, a menudo, aguanieve. La emoción debe ser forzada por el intelecto, por así decirlo. Debe haber un significado intelectual además de emocional. Un poeta es, después de todo, otro tipo de crítico: crítica, en lugar de libros, percepciones, emociones, sensaciones.

Y, de nuevo, el poeta es un crítico, su primer y más duro crítico. Es tan importante saber qué arrojar al cesto de los papeles como saber qué publicar. Y, de nuevo, es importante saber qué no escribir.

No tengo fe en la "torre de marfil". Estoy de acuerdo en que un poeta debe trabajar sin venalidad, sin perseguir una audiencia, anotando simplemente su verdad poética. "Una casa y libros nunca hicieron un poeta", dice Arthur Symons. Hay demasiada tendencia a la deshumanización en la poesía. Hay algo penoso en el hombre que es conscientemente anormal. El poeta es un hombre normal, tan normal que percibe todas esas cosas que la otra gente se pierde. No se puede ser espectador de la vida si la propia apariencia es tal que llama la atención de todos y provoca, quizá, la risa. El prestigio de un artista es sentirse cómodo en cualquier sociedad. No forma parte de su oficio subirse a una columna o retirarse al bosque por "epatar". Siempre he pensado que el deseo de ser superior en una conversación demuestra un intelecto bastante poco consciente. Hay más sabiduría en tener los oídos abiertos y la boca cerrada.

La sinceridad es algo valioso en poesía: significa saber exactamente lo que se siente y decirlo tan apropiadamente como sea posible.

Tengo fe en el verso libre como método poético. Sus ventajas son: 1. brevedad, 2. precisión, 3. claridad. Conozco buenos poemas escritos con rima; creo que se volverán a hacer. Pero la gran poesía ha sido escrita en verso libre: coros áticos, secuencias medievales, simbolismo francés. Existen ejemplos en la poesía inglesa, especialmente en el drama isabelino. Pero, a pesar de todo, poco importa que tal método haya sido usado antes o no. Lo importante es que puede ser usado ahora, no como un mero recurso, sino como el mejor medio para expresar lo que uno quiere decir.

En cuanto al ritmo, la cadencia o como se la quiera llamar, creo que es totalmente inherente a la emoción del poema. Un poema profundamente sentido, que es escrito con el único deseo de anotar dicho sentimiento tan vivamente como sea posible, crea su propia cadencia. La emoción es la cadencia del poema, así como la emoción crea la cadencia de una voz. "Se pueden cortar mis versos con rima si así lo desean". Se pueden encorsetar mis versos en pentámetros jonsonianos o partarlos en cualquier medida que se desee. Prefiero la cadencia natural.

Lo que más me asusta de mi propia escritura es su tendencia hacia lo melifluo:

More subtly coloured than a perfect Goya,
And more austere & lovely in repose
Than Angelo's hand could ever carved in stone*.

* Más sutilmente coloreado que un Goya perfecto / Y más austero y amoroso en reposo / Que cualquier mano que Miguel Ángel esculpiera.

Estaba describiendo un cadáver en una trinchera, y cualquier persona de mente leal verá que mi preocupación era hacerle ver lo que yo vi de tal manera que pudiese compartir mi emoción ante tan extraño fragmento de belleza. Nunca pensé, ni por un momento, en el ruido que esas líneas pudieran producir y, por lo tanto, me asombré cuando mi editor señaló la secuencia de “oes” y me pidió que alterara la asonancia (que modifiqué para darle gusto); lo que me preocupaba era “rendir” el cadáver, haciendo que se viese su color —blanco como de marfil, escarlata— su forma, nobilísima y en total reposo como el Cristo muerto en *La Piedad* de Miguel Ángel, y, a pesar de todo, bello (nada horrible) como una obra de arte. Si me hubiese preocupado de los sonidos de la “o” habría despreciado esa emoción profunda y terrible.

11

A veces he pensado que la poesía es más bien una cosa fútil, pero también lo son estar enamorado, llegar a la cima, jugar *rugger*, vivir bien y todas las otras cosas vitalmente interesantes de la vida. Creo que Lucrecio, lo que dice Sir Thomas Browne sobre la sepultura en urnas y un poco de astronomía evitaría a mucha gente la vanagloria de su propia importancia y la imposición de sus valores. La poesía es, después de todo, una especie de religión en la que los hombres anotan sus intuiciones sobre el universo y el significado de las cosas. Incluso la sátira tiene esa importancia. La idea burguesa de que la vida es algo que hay que atravesar con el máximo de bienestar y el mínimo de esfuerzo es un credo bastante pobre. El trabajo de un poeta es diferente al del sacerdote en una cosa: no está para instruir a la gente sobre cómo pensar y comportarse, sino para insinuar medios para hacer la vida más variada y un poco más rica. Esta es la principal “función social” que se le permitiría al poeta; su fuerza en la sociedad proviene de no tener lugar en ella. Debe ser perfectamente libre, para morir de hambre si es necesario; pero un $\alpha\lambda\omicron\zeta$, que tiene fama de cuidar de sus gorriones, no descuidará a sus ruiseñores.